

se habían casado con individuos de aquella familia, y los otros, como el elector de Sajonia especialmente, porque habían firmado antiguamente tratados hereditarios con la casa de Cléveris. Los mas atrevidos se apoderaron de la herencia; en vano ofreció el emperador á los pretendientes que él resolvería la cuestion; Brandeburgo, cuyos derechos eran generalmente considerados como los mas legítimos, y Neurburgo, tomaron posesion de aquellos territorios codiciados, á pesar del imperial mandato y previo comun acuerdo entre ambos Estados, prometiéndose auxilio recíproco para conservar lo adquirido y tomando, en su consecuencia, el nombre de príncipes *posidentes*.

Esto constituía, indudablemente, un atentado contra los derechos del emperador, y amenazó crear un conflicto entre él y los príncipes posidentes. Enrique IV no vaciló en ponerse decididamente al lado de estos últimos, prometiéndoles su auxilio y procurando que les apoyaran tambien todos los príncipes protestantes. Parecía haber llegado el momento oportuno de comenzar la lucha que durante tanto tiempo había estado preparando contra los Habsburgos. Cuando Rodulfo propuso á su hermano, el duque Leopoldo, el secuestro de la herencia y este último se apoderó, por un golpe de mano, de la importante fortaleza de Juliers, declaró Enrique abiertamente que no quería permitir que un príncipe austriaco se apoderara de los territorios de Cléveris, so pretexto de que la casa de Austria había ya arrebatado bastantes comarcas á la religion; y mientras procedía á hacer los necesarios aprestos militares, procuró por todos los medios que sus aliados entrasen en campaña. Sin embargo, la Union, los ingleses y los holandeses quisieron hacer algo por los posidentes, sin obligarse para nada con Francia; y en Italia, solo Saboya y Mantua se mostraron dispuestas á entrar en la

concretos, despues de haber citado con aire de triunfo la mencionada carta apócrifa para confirmar lo de la embajada de Sully á Isabel. ¿Es esto proceder con lealtad ó contar con la credulidad de los lectores superficiales? El Sr. Wijnne añade: «Es difícil asegurar cuál fué el origen de estos planes, pero es innegable que se agitaron en la mente del rey durante los últimos años de su reinado.» ¿Y por qué? Porque Aerssen, el embajador holandés en París, dice que el rey le había manifestado que bajo el pretexto de la cuestion de Cléveris, quería comenzar una guerra general para poner freno al orgullo del rey español y emprender grandes cosas. ¡Como si con esto nos dijera algo nuevo! ¡Como si Enrique no hubiese hecho todo lo posible para atraer á su alianza á los Estados generales, mediante seductoras proposiciones! ¿Hemos de discutir sobre logogrifos? Sully da á su proyecto químérico el nombre de *gran plan*; otros escritores nos hablan de *planes*, de *grandes planes*, de *grandes cosas* de Enrique IV; ¿qué armonía guardan estos últimos con el plan de Sully? Lo mismo puede decirse del panegirico que de Enrique IV hizo Duplex, el cual ni una palabra nos dice del plan que Sully, con tanta frecuencia, aunque con tantas contradicciones, nos cita. ¡Qué contraste ofrece el plan de la gran República cristiana que hubo de estar en la mente del rey durante los últimos años de su reinado, con el final de la obra del Sr. Wijnne, donde se señala, aventajándose en este punto, á la princesa de Condé como causa única de la guerra, presentándola como nueva Elena por cuyos hermosos ojos había de estallar un conflicto universal! ¿En qué queda, pues, lo de la República cristiana y de la expulsion de los turcos de Europa?—Recientemente (1882) el doctor Ed. Rott, en su obra citada *Enrique IV, los suizos y la Alta Italia*, despues de discutir imparcialmente la cuestion del *gran plan* de Sully, llega á la misma conclusion que yo. Los cantones católicos suizos no se mostraban propicios á la alianza con Francia (pág. 443). «Las afirmaciones de Sully respecto de Italia y de Suiza son tan equivocadas como las que se refieren á la division de Alemania (pág. 448).» Paulo V se mostraba extraordinariamente favorable á España; el gran duque de Toscana estaba á punto de firmar con esta nacion una estrecha alianza; Venecia estaba tan lejos de seguir el ejemplo de Saboya que pidió á Enrique renunciara á sus planes sobre Italia, bajo el pretexto de que esta lucha solo podría aprovechar á los turcos, pero en realidad para intentar algo en la peninsula (pág. 449). ¡Todos, en fin, se ponen en contradiccion con las afirmaciones de Sully! De aquí que la campaña del Sr. Wijnne en pro de este, haya tenido poco eco entre los autores bien informados é imparciales.

alianza francesa. Algo desanimado por estas decepciones, se mostraba Enrique mas inclinado á un arreglo con los Habsburgos cuando la lucha política adquirió mayor fuerza por efecto de un acontecimiento que se relacionaba intimamente con los intereses personales del monarca.

Enrique IV era de temperamento sanguíneo y amante desenfrenado de los placeres. A la par que sus luchas políticas y religiosas, vemos continuamente desarrollarse sus intrigas amorosas, siendo en este punto, como en todos los demás, partidario del absolutismo real que había fundado en Francia. En aquella sazón, cuando contaba ya sesenta años, concibió una ardiente pasión por la hermosa hija del condestable de Montmorency, Carlota, jóven de quince años. Para dar á su pasión cierto aspecto decente, obligó á su débil primo, el príncipe de Condé, á que se casara con Carlota, esperando encontrar en él un marido complaciente; y apenas se hizo el matrimonio, renovó sus asiduidades, pero encontró en Condé una tenaz é inquebrantable resistencia. A pesar de esto, procuró conseguir lo que se proponía por medio de astucias, calumnias, amenazas, presentes y versos, de tal suerte que el príncipe de Condé se vió obligado á huir á sus posesiones de Picardía, junto á la frontera belga. En vano el monarca, disfrazado primero de peregrino y luego de pastor (1), procuró acercarse á su amada; siempre fué descubierto á tiempo; y en vista de tan innoble proceder por parte del rey, no se consideró Condé, y con razon, seguro en Francia y huyó con su esposa á los Países Bajos españoles, es decir, á Bruselas (á fines de noviembre de 1609).

Esta fuga no solo disgustó á Enrique sino que le espantó, pues temía que Condé, primer príncipe de la sangre, se aliara con España contra la seguridad del reino. El deseo de poseer á la princesa y la necesidad política se unieron entonces para hacer de aquel asunto el objeto principal de sus cuidados, así es que envió embajadores al archiduque Alberto y despachos á Madrid, pidiendo encarecidamente le fuera entregada la fugitiva pareja.

El archiduque Alberto era un príncipe pacífico, que siempre había deseado estar en relaciones con sus poderosos vecinos los franceses, con lo cual se había captado la antipatía de los españoles, y que en la misma cuestion de Cléveris había dado muestras de una condescendencia que rayaba en debilidad. Pero cuando se le propuso la infamia de entregar á los inocentes fugitivos á sus perseguidores, sus leales sentimientos se sublevaron; rechazó con frase enérgica, aunque cortés, tal demanda, contentándose con suplicar al príncipe que buscara un refugio mas apartado de Francia y mas propio para su seguridad personal.

Igual resolucion tomó el gobierno de Madrid, á pesar de sus vivísimos deseos de evitar la guerra. Felipe III ordenó al príncipe que se retirara á Milan, manifestando al rey de Francia que no estaba dispuesto á hacer mas concesiones. La princesa Carlota se quedó, en tanto, en Bruselas, bajo el amparo de la archiduquesa. Enrique había conseguido, por medio de una correspondencia secreta, conquistar á la princesa, á pesar de su marido, de quien ella quería separarse definitivamente. Sus cartas, llenas de atractivo, acrecentaron de un modo increíble la pasión del rey, á quien Carlota, sin embargo, no quería entregarse hasta que estuviere decretada legalmente su separacion.

Este hecho innoble hizo perder al rey la consideracion de que gozaba á los ojos de sus súbditos y especialmente de los extranjeros. Las potencias no vieron por qué motivo habían de enredarse en una guerra europea á causa de los

(1) Acerca de esas aventuras, véase la poesía de Virey, secretario del príncipe, titulada *El rapto inocente*, publicada por Halphen (París, 1859).

amoros del rey francés. Los Unidos firmaron, en Suabia, con Enrique IV un tratado de alianza, referente tan solo á la cuestion de Cléveris, y en virtud del cual solo se imponían cargas á Francia (febrero de 1610), y algunas semanas despues firmó esta nacion otro, en Brosolo, con el duque de Saboya, á quien, á cambio de su cooperacion contra España, se prometió la conquista y cesion de todo el ducado de Milan.

En el interior de Francia ofrecíanse tambien no pequeñas dificultades.

A pesar del favor que al clero y especialmente á las órdenes monásticas y á los jesuitas había dispensado Enrique IV, no había este conseguido atraerse completamente al elemen-

to ultra-católico de su país, el cual se indignaba al ver que el rey protegía enérgicamente á sus súbditos protestantes contra todo ataque de una plebe fanática y que se negaba á introducir la Inquisicion en Francia. Así es que había sacerdotes, especialmente en las comarcas meridionales, que omitían en la misa las preces por el monarca, y misales en los cuales tales preces no estaban impresas. La indignacion del clero subió de punto cuando vió que, en la cuestion de Cléveris, el rey se ponía de parte de los herejes contra el emperador católico y sus no menos ortodoxos aliados. Los predicadores fanáticos volvieron á tronar contra los reformados, contra todos los que les toleraban y contra el mismo rey. Ni la presencia de este era bastante á poner freno



Coronacion de María de Médicis. Facsímile de un grabado en cobre titulado:

Pourtrait du Sacré et du Couronnement de Marie de Médicis, Roynne très chrestienne de France et de Navarre, fait à Saint-Denis en France, le jedy 13 de Mai 1610. J. Le Clerc excudit. Le Gaultier (1552-1641) sculpsit. N. BOLLERY invenit

á aquellos predicadores, entre los cuales se distinguían algunos jesuitas. Uno de los mas fogosos, el padre Chartier, se atrevió á contestar á la peticion del monarca de que orara por él, con las siguientes palabras: «Señor, ¿cómo hemos de poder orar por V. M. si quiere ir á una comarca de herejes para exterminar á los católicos que allí existen todavía?»

Parecía inminente una lucha abierta entre el rey y sus antiguos amigos los jesuitas, pues el primero les preparaba algunos desengaños en ciertas cosas que eran muy caras á la órden y los segundos no disimulaban su despecho. Enrique exclamaba, lleno de sorpresa: «La raza de la Liga no ha desaparecido todavía, ¡maldita Liga!»

En tales circunstancias, su propia esposa, María, y su ministro de Negocios extranjeros, Villeroy, le aconsejaron prudencia y moderacion; pero los sucesos se habían encadenado de tal manera que no era posible pensar ya en una retirada; ni la duda ni las tristes sospechas de una inminente catástrofe, de las cuales no pudo librarse Enrique, fueron bastantes para aplazar la crisis.

Los preparativos de guerra prosiguieron con actividad y en Francia y Suiza se hicieron importantes levadas; trázose el plan de campaña en grandes proporciones; 16,000 franceses, mandados por el mariscal protestante Lesdignières, se unían con otros tantos saboyanos, conducidos por Cárlos Ma-

nuel, para atacar el Milanesado. Los grisonos, reforzados con algunas tropas francesas y mandados por un general francés, debían invadir el Tirol y, en su caso, penetrar por el Norte en el territorio de Milan (1). Al frente de 12,000 hombres, la Force, otro hugonote, debía invadir la Navarra, descontenta de la soberanía castellana, y excitar á los moriscos que se encontraban todavía en España á que se sublevaran. El grueso del ejército, compuesto de 35,000 hombres, debía reunirse en Chalons, junto al Marne, para dirigirse, á las órdenes del propio rey, contra Juliers, delante de cuya fortaleza debían unírsele 10,000 alemanes, 8,000 holandeses y 4,000 ingleses, los dos últimos contingentes como aliados de la Union alemana. La invasion del territorio de Juliers y Cléveris debía hacerse por el Luxemburgo, con lo cual se romperían las hostilidades contra el archiduque Alberto y quizás, aunque no se sabe con toda seguridad, se intentaría un golpe de mano sobre Bruselas para *libertar* á la princesa de Condé.

Teníase, pues, en proyecto una guerra general y encarnizada contra los Habsburgos, debiendo comenzar las hostilidades á fines de mayo.

España conocía toda la gravedad de la situacion; así es que hizo grandes aprestos militares; aumentóse hasta 40,000

(1) Rott., página 445.

hombres el contingente de ejército que había en Milan; en la península se reunieron 30,000 hombres y en los Países Bajos 18,000. El conde de Fuentes, gobernador de Milan, aumentó las fortificaciones de su territorio, y también hizo sus preparativos el emperador. Echóse mano de todas las rentas del Estado y de los capitales particulares para recaudar las cantidades necesarias, y se hizo, asimismo, un llamamiento á los vasallos españoles de Italia, tales como los duques de Módena, Parma y Urbino, y el propio gran duque de Toscana no se atrevió á rehusar al rey católico el dinero que le pidió. En Madrid, se preparaba ya el manifiesto de guerra lleno de amargas y no infundadas quejas contra Enrique IV.

Este quiso, en 19 de mayo de 1610, visitar la Champaña, y nombró regente, durante su ausencia, á su esposa, á cuyo lado puso un Consejo, compuesto, en su mayor parte, de católicos. Así pensaba contener á estos confiándoles el gobierno, mientras el ejército se encontraba casi exclusivamente en manos de los hugonotes. Conforme á los deseos de la reina y para rodearla de mayor prestigio, la hizo coronar solemnemente en San Dionisio, en 13 de mayo; brillante ceremonia que encontramos copiada en un cuadro de Rubens, que se encontraba en el Louvre. Tres días después debía tener efecto la entrada solemne de la regente en París, cuando una horrible catástrofe cambió de un solo golpe, por completo, la faz de las cosas. Al regresar Enrique IV á la capital, en 14 de mayo, con el objeto de cuidar de los preparativos para la entrada de la reina, en ocasión en que, á las cuatro de la tarde, pasaba en coche descubierto por la estrecha calle de la Ferrounèrie, por la que, en aquel momento, circulaban gran número de carros, fué víctima del puñal de un asesino. Este era Francisco Ravailiac, hombre fanático, corrompido por las doctrinas regicidas de algunos escritores jesuitas y por los sermones que entonces se predicaban contra la expedición que proyectaba Enrique en favor de los herejes alemanes. Ravailiac había creído atraerse la admiración de los buenos y conquistar la gloria eterna libertando al mundo católico de tan peligroso enemigo. El golpe fué tan certero que Enrique solo tuvo tiempo para exclamar: «¡No es nada!» y cayó muerto.

Varias veces se ha pretendido averiguar si Ravailiac tenía cómplices y si fué excitado al regicidio por potencias extranjeras, pero las investigaciones no han producido resultado alguno positivo. El mismo Ravailiac, á pesar de haber sido sometido á los más atroces tormentos, declaró siempre que él era el único culpado, y los contemporáneos mejor enterados dieron completo crédito á sus palabras. Casi cada año había habido tentativas de asesinato contra Enrique IV: la de Ravailiac fué la más afortunada. El odio religioso, que caracteriza todo el siglo XVI, se había manifestado una vez más por medio de un crimen.

El delito de aquel fanático produjo una terrible crisis, pues con Enrique IV perecieron sus grandes planes, que abarcaban todo el mundo. Un niño y la regencia de una mujer poco apta, fueron los sucesores de aquel monarca que no había podido ver realizado por completo ninguno de sus pro-

yectos bien meditados y enérgica y hábilmente emprendidos: la obra de su vida quedó, pues, incompleta.

Sus adversarios se entregaron á los mayores excesos de alegría. «¡El Señor de los ejércitos lo ha hecho porque Enrique se había enajenado todos los corazones!» exclamó el Papa lleno de júbilo. En España, la corte, los magnates y el pueblo se unieron para celebrar el acontecimiento, que era considerado como una recompensa del cielo á la devoción de Felipe III y como una prueba de la protección que á este dispensaba el Todopoderoso.

En efecto, los españoles se veían libres de un gran peligro en el momento preciso en que el rey de Francia se preparaba á inferirles un golpe mortal.

Pero la repentina muerte de Enrique IV solo fué un corto aplazamiento para la realización de sus planes, pues de tal manera había unido y fortalecido su reino; sobre tan seguras bases había levantado la superioridad militar, rentística y política de Francia respecto del rey católico, que desde el momento en que una voluntad firme é inteligente tomara la dirección de la Francia, había de decidirse la lucha entre esta y España, entre los Borbones y los Habsburgos. Enrique IV, así en la administración interior como en la política exterior, había trazado, con claro talento y gran firmeza, la senda que debían seguir sus sucesores para hacer de Francia la primera potencia de Europa y para conseguir que la influencia francesa fuese la que diera el tono en todos los terrenos. En este punto histórico puede apreciarse en toda su extensión la obra del más grande de los Borbones.

En punto á la lucha entre las distintas religiones, también Enrique había fundado una nueva época, por más que no pudo verla completamente terminada. En la última mitad del siglo anterior se había visto harto evidente que la Reforma, con sus divisiones intestinas y con sus sectas, enemigas entre sí, no podía pensar ya en conquistar á toda la cristiandad; las antiguas creencias abandonaban ya la defensiva, que en un principio habían tomado, para atacar directamente á la nueva religión, y en este ataque, dirigido por los Habsburgos y especialmente por el rey de España, habían conseguido grandes victorias sobre la Reforma, arrebatándola considerables territorios y llegando hasta someter á sus más levantiscos adeptos, los calvinistas. Isabel de Inglaterra y Enrique IV habían ofrecido un armisticio á la Contrarreforma, pero el monarca francés tenía un modo de ver más elevado, habiendo sido el primer príncipe verdaderamente tolerante y el primero que puso la idea del Estado por encima de las limitaciones religiosas. Acusado, precisamente por esto, de hereje por los fanáticos de ambos partidos, había intentado realizar la igualdad de derechos ante el Estado y dentro del Estado, entre los adeptos á las distintas religiones, y murió víctima de su noble idea. Su criterio pertenecía al porvenir y se vio realizado después de los horrores y miserias de la guerra de treinta años, pues, terminada esta, vivieron, si no amistosa, por lo menos pacíficamente el catolicismo y el protestantismo, las antiguas y las nuevas creencias. Las generaciones europeas tendieron, desde entonces, hácia otros fines que se vieron coronados por más feliz éxito.

FIN DE LA EUROPA OCCIDENTAL

## LA ÉPOCA DE LA GUERRA DE TREINTA AÑOS

POR EL

DR. JUAN GUSTAVO DROYSEN

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE HALLE

### LIBRO PRIMERO

#### INTRODUCCION

EL TRIUNFO DE LA REFORMA PROTESTANTE

#### LAS MONARQUIAS DEL SIGLO XVI

A mediados del siglo XVI Europa había adquirido un aspecto nuevo.

Durante largo período había predominado en la Edad media la idea de que toda la cristiandad del Occidente formaba una monarquía general en la cual compartían el poder supremo el emperador y el Papa, y regia en este sacro imperio el sistema feudal con sus jerarquías eclesiásticas y sociales.

A este orden de cosas sucedió un período en el cual se abrieron camino ideas nuevas, las cuales al adquirir fuerza conmovieron aquel régimen feudal y eclesiástico. El humanismo, origen de estas ideas nuevas, proclamó el derecho y la libertad del individuo, y escribió en su bandera el desarrollo de la individualidad, con lo cual se puso en pugna con la organización uniforme del imperio universal. La lengua latina perdió su universalidad cediendo ante el empuje de las lenguas modernas, y con el dominio de estas se ensanchó y arraigó el sentimiento nacional (1). Cuando esto sucedió habían menguado ya la autoridad y la importancia de los dos poderes supremos de la Edad media, principalmente á consecuencia de la sañuda lucha que entre ellos mismos se entabló. Tan degenerados y decaídos se hallaban estos dos poderes, que hubo un período sin emperador, otro en que el Papa estuvo prisionero y otro en que la cristiandad tuvo tres Papas y tres emperadores.

El tiempo de estos dos poderes había pasado como el de las instituciones feudales; los cimientos religiosos de la Iglesia estaban conmovidos; la Iglesia ya ni era cristiana ni tenía moralidad (2).

(1) Nos parece que el autor adelanta dos siglos la proclamación del derecho y de la libertad individual; y en cuanto á la lengua latina, todavía á últimos del siglo XVII se escribía en latín para que las obras pudieran ser leídas con facilidad en todas las naciones.

(N. del T.)

(2) La Iglesia no, sino algunos de sus ministros: la corrupción era más de la época que de la Iglesia.

(N. del T.)

El siglo XV fué la época de la formación de las monarquías é iglesias nacionales.

El emperador Segismundo, poseído de la idea del «sacro imperio», quiso restablecer la monarquía universal cristiana y sacar á la Iglesia de su decadencia, pero ni la Francia ni Inglaterra ni España le reconocieron ya (3) por autoridad suprema, ni la Iglesia llegó á ser reformada por el concilio de Constanza.

En el siglo XV existían todavía en todas las naciones una multitud innumerable de señoríos, condados, principados y dominios eclesiásticos independientes con sus derechos, organización é intereses particulares, cuyos dueños, laicos ó eclesiásticos, de vasallos se habían hecho soberanos absolutos é independientes. Así se encontraba entonces la Alemania y lo mismo sucedía en casi todas partes, muy particularmente en el Occidente europeo que estaba progresando mucho más que el Oriente y servía de modelo al resto de Europa, pues la diferencia que se observaba en el desarrollo político de España, Francia é Inglaterra por un lado, y en el de Alemania por otro, era grandísima. En aquellos tres países el poder real consiguió imponerse á los demás poderes, la nobleza y la Iglesia; y á pesar de la fidelidad que los reyes profesaban á esta última, y de la devoción que les animaba, lucharon y consiguieron reducir la influencia del Papado en sus Estados á límites más estrechos. Casi puede decirse que los reyes de los citados países occidentales los transformaron en Estados, ó mejor dicho, en monarquías, y nacionalizaron la Iglesia de cada país así transformado. Lo que más contribuyó al aumento del poder del trono en ellos fué la absorción ó por lo menos la reducción de una porción de las atribuciones muy latas y muy trascendentales que hasta entonces habían sido privilegio del Papa, mas soberano italiano que cabeza espiritual de la cristiandad.

En España el trono consiguió la provisión de los puestos eclesiásticos más importantes con el concordato del año 1482.

(3) Ni tampoco habían reconocido antes la superioridad de los emperadores germánicos.

(N. del T.)